

SABEL

Como el cariño fuera la medicina que hubiese de sanar á la señorita, no se moría nunca.

DOÑA SOLEDAD

¡Poco importa, Sabel, que á unos momentos la mime, si á otros la dará cada disgusto!

SABEL

Usted habla por lo que sucedía antes. Ya les pasaron á los dos aquellas ilusiones tontas que se les ponían. Celeras, nada más que celeras. ¿Sabe usted lo que mata á la señorita? Pues es la pena que se ha metido en ella al verse separada de la niña. No es otra cosa.

DOÑA SOLEDAD

¡Y qué le hemos de hacer, Sabel! Yo lo conozco. Ahora mismo he tenido la prueba... ¡Para mí apenas hubo una palabra de cariño; en cambio, para su hija... Ya lo has visto. ¡Y pensar que me he sacrificado toda la vida por esa ingrata! ¿Quieres mayor sacrificio que éste de haber venido aquí? ¡A quien se le diga que yo estuve en casa del amante de mi hijal... Pero es la primera y la última vez. Que elija ella entre su madre y... ¿No habrá un castigo para ese hombre? ¡No lo habrá!

OCTAVIA (*dentro*).

¿Qué haces ahí, mamá? Ven á ver qué monísima estoy poniendo á esta picarona.

DOÑA SOLEDAD

Voy, hija, voy.

LA NIÑA (*asoma entre los cortinajes de la alcoba, con el pelo suelto*).

Mamá Soledad, venga usted, para aprender.

DOÑA SOLEDAD

Ya soy vieja para aprender, hija. (*A Sabel*). ¡Y ese ángel, créés tú que no tiene que comprender algo! Jamás en nuestra familia se vieron de estas cosas, ¡jamás! Y en la de mi marido tampoco. Llegará un día en que esa niña sea mujer y se avergüence...

SABEL

No tiene por qué saberlo.

DOÑA SOLEDAD (*con tristeza*).

Esas cosas nunca quedan ocultas.

SABEL

Y aunque lo sepa. Es como si la señorita fuese á dejar de quererla á usted porque hoy ó mañana se enterase de cualquiera cosa.

DOÑA SOLEDAD

No tiene de qué enterarse. Gracias á Dios, puedo llevar la frente muy alta.

SABEL

Yo no la titulo á usted mala. Es un suponer...

DOÑA SOLEDAD

No habrá nadie que se atreva á decir de mí la menor cosa. Era una chiquilla cuando quedé viuda, y valía bastante más que mi hija, ¡pero

bastante más! Ella, aun cuando se me parece, no es ni sombra de lo que yo he sido; pues bueno...

SABEL

Usted sería una santa, que no pisaba una paja en cruz; las demás no lo son. Lo que yo le digo es que ya quisieran muchas hipócritas ser tan buenazas y tan simples para el amor como la señorita.

DOÑA SOLEDAD

A ti vale más dejarte. Siempre has sido lo mismo, una desvergonzada. *(Entra en la alcoba.)*

SABEL

Ande y que la ahorquen. Toda la vida con que si ha sido ó no ha sido.

ESCENA VII

Sabel.—El Doctor.—Después, Pedro.

DOCTOR *(por la derecha).*

¿Por dónde anda la gente de esta casa?

SABEL

Pase, señor don José.

DOCTOR

¿Cómo va, Sabel? ¿Y esa enferma?

SABEL *(con misterio).*

Mejor. Ahora está ahí la señora mayor, que vino con la niña. *(El Doctor entra en la alcoba seguido de Sabel, que sale poco después para buscar algo entre los frascos de medicinas colocados sobre una mesa.)*

SABEL *(un poco perpleja, mirando los frascos).*

¡Vaya usted á saber cuál de estos será!

PEDRO *(asoma por la izquierda).*

¡Sabel! ¿Está ahí el doctor? *(Señalando á la alcoba.)*

SABEL

Sí, señorito. Pero usted no entre. Haga el favor. ¿Cuál es el frasco de la medicina?

PEDRO *(leyendo las etiquetas).*

Este *(da el frasco á Sabel).* ¿Octavia preguntó por mí?

SABEL

¡Cómo iba á preguntar!

PEDRO

Desde que vino ese fraile, Octavia ya no es la misma. Su deseo, ahora, sería que yo no estuviese aquí.

SABEL

También usted tiene cosas de á ochavo. Quería que delante de la

niña se pusiese á declarar que vivía con usted, y que para ella no había otro Dios en el mundo.

PEDRO (*repite como un obsesionado*).

¡Octavia ya no es la misma! ¡Ya no es la misma!

SABEL (*desde la puerta de la alcoba*).

Váyase de ahí.

ESCENA VIII

Sabel.—Pedro.—El Doctor.

(*El Doctor, en el umbral de la puerta de la alcoba, se cala los quevedos, y examina el termómetro que trae en la mano*).

PEDRO

¿Tiene recargo?

DOCTOR (*dando el termómetro á Pedro*).

Como ayer. Vamos á ver si dejádoselo más tiempo... (*Coge el brazo de Pedro*.) Los recargos nunca fueron grandes, ni es eso lo que hay que temer; si fuese eso, ya lo combatiríamos... (*El Doctor lleva á Pedro hacia la alcoba*.)

SABEL (*á Pedro, suplicando*).

¡Ya que se empeña en entrar, aunque la señora mayor diga cualquiera cosa, usted no haga caso; bien sabe cómo es!...

PEDRO (*soltándose del brazo del Doctor en la misma puerta de la alcoba*).

Yo no entro, doctor.

DOCTOR

¿No entra usted?

PEDRO

Sí, debía entrar, porque es vergonzoso que estando en mi casa tenga que esconderme.

DOCTOR

No, no. Nada de escenas. Después de todo, esa señora es la madre de Octavia. Porque me figuro que será eso, que no quieran ustedes encontrarse.

ESCENA IX

Sabel.—Pedro.—El Doctor.—Doña Soledad.

DOÑA SOLEDAD (*sale de la alcoba enjugándose las lágrimas*).

¡Pobre hija mía! ¡Yo no tengo valor para verla ahogarse de ese modo! ¡Ay, debe estar muy mala!

DOCTOR

No está buena, no, señora. Sería una tontería decirle á usted lo contrario... Es de esas cosas que basta tener ojos... Pero todavía nos queda alguna esperanza...

DOÑA SOLEDAD

Diga usted: ¿y si me la llevase una temporada al campo?

DOCTOR

El campo le conviene mucho. De eso hemos hablado ya. (*Se dirige á Pedro*). Precisamente ayer... ¿No ha sido ayer?

PEDRO (*con timidez*).

Sí, ayer fué...

DOÑA SOLEDAD (*sin dignarse mirar á Pedro*).

Yo no pienso consultar la voluntad de nadie. ¿Creo que usted me dará la razón?

DOCTOR

No, señora. La voluntad de la enferma debe consultarse siempre.

DOÑA SOLEDAD

Únicamente esa... Como señora y como madre, tampoco estoy en el caso de hacer más. Octavia lo que necesita es vivir á mi lado, sin tener quien le dé disgustos.

SABEL

Déjese de esas historias, señora. Mire que la señorita está sola. Ande, ande para allá.

DOÑA SOLEDAD

Esos modos, hija, los guardas, si te lo consienten, para tus amos. No se te olvide con quien hablas.

DOCTOR (*coje el sombrero apresuradamente*)

Queden ustedes con Dios. (*Vase por la derecha.*)

SABEL

¡Ave María! Ni que fuese la reina de España.

DOÑA SOLEDAD

En mi casa lo soy, y en casa de mi hija también. Yo aquí no reconozco otro dueño y señor que ella.

PEDRO

Usted está en su casa, señora.

DOÑA SOLEDAD (*secamente*).

Gracias, Sabel, ten cuidado que no entre aquí la niña. (*Sabel entra en la alcoba.*) Usted y yo tenemos que hablar.

PEDRO

No lo dudo, señora. Basta que usted lo diga. Pero quizá fuese mejor que no hablásemos.

DOÑA SOLEDAD

¡Mejor! ¿Para quién?

PEDRO

Para Octavia, señora. Ella es lo único que debe interesarnos.

DOÑA SOLEDAD

¿Y quién es usted para interesarse por mi hija?

PEDRO

¡Quién soy yo!

DOÑA SOLEDAD

No me lo diga usted. ¡Si usted tuviese un poco de respeto á lo que es una madre, se callaría, sin atreverse ni á levantar los ojos!...

ESCENA X

*Doña Soledad. — Pedro. — Octavia.*OCTAVIA (*por el fondo*).

¡Por Dios, no riñáis! ¡Pedro, qué haces aquí!...

PEDRO

Deja...

OCTAVIA (*con cariño*).

¡No me des un disgusto en el estado en que estoy! Vete. ¡Mira que soy yo quien te lo pido!... (*Le coje las manos.*)

DOÑA SOLEDAD (*separándola de Pedro*).

Delante de tu madre guárdate de hacer ciertas demostraciones. Siquiera ten un poco de respeto á mis canas.

OCTAVIA

¡Perdona, mamá! ¡Perdona!

DOÑA SOLEDAD (*secamente*).

¿Dónde dejaste á la niña?

OCTAVIA

¿Qué vas á hacer?

DOÑA SOLEDAD

Irme de esta casa para no volver.

OCTAVIA (*sollozando*).

¡Mamá, que me matas!

PEDRO

Tenga usted un poco de piedad para esta pobre.

DOÑA SOLEDAD

Aún se atreve usted á hablar. (*Enternecida súbitamente*). Calla, hija mía, calla. ¡Qué injusta eres con tu madre! No soy yo quien te mata: ¡no soy yo! ¡Quien te mata es ese infame de hombre!... (*Doña Soledad besa á Octavia, que se incorpora temblorosa y mira á Pedro.*)

OCTAVIA (*suplicante*).

Pedro, vete... (*Pedro hace un gesto negativo.*)

DOÑA SOLEDAD

¡Si hubieses oído los consejos de tu madre! ¡Por no haberlos oído, cuánto te queda que sufrir, cuánto, cuánto!... Ya tendrás el pago...

OCTAVIA (*juntando las manos*).

¡Pedro, vete! ¡Te lo pido yo! ¡Vete!

PEDRO (*acercándose á Octavia*).

Sí, mi vida, sí; me iré.

DOÑA SOLEDAD

Yo no puedo tolerar que en mi presencia ese hombre te hable así.

PEDRO

Usted no podrá tolerarlo, señora; pero tampoco podrá impedirlo.
(*Besa á Octavia en la frente.*)

DOÑA SOLEDAD (*retrocediendo*).

¡Vergüenza! ¡Vergüenza me da que seas mi hijal...

ESCENA XI

Pedro.—Doña Soledad.—Octavia.—Sabel.

SABEL (*por la derecha*).

¡Señorito!

DOÑA SOLEDAD (*alarmada*).

¡Sabel! ¿Y la niña?

OCTAVIA (*angustiosa*).

¡Que no entre aquí!...

SABEL

No tenga cuidado. Está muy entretenida allá dentro. (*A Pedro*).
Señorito, ahí tiene al Padre Rojas.

PEDRO

¿Qué busca en mi casa ese hombre?

OCTAVIA

¡Pobre Padre Rojas, es un santo! Después de la manera como tú le has faltado...

PEDRO (*con energía*).

Sabel, dile que yo le suplico que haga el favor de no volver.

SABEL

¡Bendito sea Dios! Ya puede usted comprender que yo no le doy semejante recado. Le diré que usted ha salido fuera, y que la señorita está descansando.

OCTAVIA (*llamándole*).

¡Pedro!... Yo tenía que hacerle una consulta al Padre Rojas.

PEDRO

¡No empecemos, Octavia! Recuerda lo que pasó ayer.

DOÑA SOLEDAD

¡Hasta en eso eres esclava, hija mía!

ESCENA XII

Pedro.—Doña Soledad.—Octavia.—Sabel.—El Padre Rojas.

EL PADRE ROJAS (*en la puerta*).

¿Dan ustedes su permiso? (*Sorpresa general.*)

DOÑA SOLEDAD

Pase usted, Padre Rojas.

OCTAVIA (*cogiendo una mano de Pedro*).

Ya sabes cómo estoy, no me des un disgusto. (*Vase Sabel.*)

EL PADRE ROJAS

¿Cómo sigue la enferma? ¿Y ustedes todos? ¿Qué tal? (*Designando á Pedro*). Al señor le ha sorprendido mi visita; lo estoy viendo.

PEDRO

En efecto; no esperaba volver á ver á usted en mi casa.

OCTAVIA (*mirando á Pedro, y juntando las manos, como quien ruega*).

¡Pedro!

PADRE ROJAS

Pues le diré que vengo á enterarme de la salud de esta hija querida (*volviéndose á Octavia con cariño*). La verdad, temía que se hubiese agravado con nuestras intransigencias de ayer: las de usted y las mías. ¡Válganos Dios! Felizmente, veo que no ha sido así. Crea usted que no tenía la conciencia completamente tranquila.

DOÑA SOLEDAD

¡Usted, padre Rojas!

PADRE ROJAS

Sí, señora, yo. (*Se dirige á Pedro*). Si hubiese sufrido una recaída, ambos seríamos responsables; yo, quizás, en primer lugar. (*Pedro, sin querer oír más, comienza á pasearse*.)

OCTAVIA

¡Qué bueno es usted, Padre Rojas!

DOÑA SOLEDAD

¡Es un santo! Usted, Padre, se pasmará de verme en esta casa. Pare-

ce que soy consentidora... Ya sé, Padre, que nunca debí descender á esto... Es una humillación muy grande...

EL PADRE ROJAS

Una madre no se humilla cuando está al lado de su hija enferma. La acción de usted me parece naturalísima, señora.

OCTAVIA

¡Pero qué bueno es usted, Padre!

DOÑA SOLEDAD

¡Un santo!

EL PADRE ROJAS (*con impaciencia cariñosa*).

¡Quieren ustedes hacerme el señaladísimo favor de callarse! (*Se pone en pie para irse*.)

OCTAVIA

No se vaya usted, Padre.

EL PADRE ROJAS

Sí, hija mía. (*Mirando á Pedro, que durante toda la escena se ha estado paseando, con visibles muestras de impaciencia*). Puede ser que esté estorbando...

DOÑA SOLEDAD

¡Jesús! Pero qué cosas tiene usted, Padre. Lo mismo Octavia que yo estamos encantadas oyéndole esas cosas. Y de los demás, no creo que le importe á usted mucho.

PEDRO (*con cortesía irónica*).

Desde ahora, ya sabe usted que yo en mi casa no significo nada.

EL PADRE ROJAS

Todo lo contrario.

OCTAVIA (*juntando las manos*).

¡Pedro!...

DOÑA SOLEDAD (*al Padre Rojas*).

¿Dígame usted, Padre, si no es una mártir? (*Despidiéndose de Octavia*). Hija mía, yo también me voy. Nunca pagarás á tu madre el sacrificio de haber venido aquí. (*Octavia besa las manos de su madre*). Solamente puede hacerse por una hija. ¡Adiós!

OCTAVIA

Prométeme que has de volver.

DOÑA SOLEDAD

Si, hija mía; volveré. ¡Ojalá pudiera estar siempre á tu lado! (*Transición*). Ahora ven á despedirte de la niña.

OCTAVIA

¡Mamá, no me separes de mi hijo! ¡Déjamelal...

DOÑA SOLEDAD

Sé razonable, Octavia.

OCTAVIA

¡Mi hija, es mía! No quiero ser razonable.

DOÑA SOLEDAD

Octavia, mira que esa niña es un ángel. ¡Yo la enseñé á quererte, y te quiere más que á mí! ¡Para ella eres una santa! ¡No seas tú quien arranque la venda que aún cubre aquellos ojos queridos! ¡No hagas que mañana se avergüence de su madre!

OCTAVIA (*con angustioso afán*).

¡Sí, que no sepa nunca!...

PEDRO

Que lo sepa. Sabrá que su madre fué una mártir y una santa.

EL PADRE ROJAS

Mejor sería que ciertas cosas pudiese ignorarlas toda la vida.

OCTAVIA

Pedro, tienen razón. ¡Yo soy mala! ¡Muy mala!

DOÑA SOLEDAD

¡Pobre hija mía! No eres mala, no; eres desgraciada.

OCTAVIA

Es mi castigo, Pedro...

PEDRO

¿Qué quieres? ¿Que no se lleven á tu hija? Yo te juro que no se la llevarán.

OCTAVIA

Sí, sí; Pedro que no se la lleven.

EL PADRE ROJAS (*á Pedro*).

No me parece razonable que usted se oponga con un escándalo.

DOÑA SOLEDAD

¡Octavia, estás loca! No escuches á ese hombre. (*Volviéndose á Pedro, con fiereza*). ¡Aún no está usted satisfecho de su obra! ¡Era poco deshonrar á la madre ante los ojos del mundo; hay que deshonrarla también ante los ojos de su hija!

OCTAVIA

¡Ay! ¡Qué dolor tan grande! Pedro, déjalos... Mamá, llévatela... ¿No habrá oído nada, verdad? Allá no se oye... ¡Dios mío, quisiera morir!

PEDRO

No te disgustes así, Octavia.

EL PADRE ROJAS (*á Pedro y á Octavia*).

Ahí tienen ustedes cómo Dios Nuestro Señor castiga á los que abandonan la senda del deber.

DOÑA SOLEDAD (*separando al Padre Rojas del lado de Octavia*).

Déjeme usted á mí, Padre. (*A Octavia*). ¡Habrás boba! ¿Quién habla de morirse? En cuanto puedas salir verás á la niña. Yo te lo prometo. Lo principal es que te pongas buena. Ven ahora á despedirte. (*Octavia, sollozando, se incorpora, apoyada en el brazo de su madre.*)

EL PADRE ROJAS (*á Pedro*).

¿No siente usted el remordimiento de haberlas separado?

PEDRO

No.

DOÑA SOLEDAD

Haz por dominarte, hija mía. (*Octavia da algunos pasos apoyada en el brazo de su madre, que abandona de pronto con un gesto trágico.*)

OCTAVIA

¡No, eso no puede ser! (*Corre á la puerta de la alcoba y cae, agarrándose á las cortinas*). ¡Sabel! ¡Sabel! Escóndela, que van á robártela. (*Volviéndose á su madre*). ¿Pero tú crees que yo estoy loca? ¿Crees que voy á dejarte que te lleves á mi hija? ¡Mi hija es mía! ¿Para qué has venido? Para hacerme sufrir, ¿verdad? ¡Te mandó él! ¡Te mandó él!

DOÑA SOLEDAD

¡Octavia, no te pongas así!

PEDRO

Cálmate, Octavia. Tranquilízate...

EL PADRE ROJAS

Tranquílcese usted.

OCTAVIA

¡Ten cuidado, Sabel, que van á robártela! (*Volviéndose á Pedro*). Tú también te alegras de que me la roben, porque la quiero más que á ti.

ESCENA XIII

Pedro.—Doña Soledad.—Octavia.—El Padre Rojas.—La niña.
Sabel.

LA NIÑA (*entra por la izquierda corriendo*).

Mamaita, ¿qué tienes?

OCTAVIA

¡Hija de mi alma, ven!

SABEL

¡Son ustedes peores que verdugos!

OCTAVIA (*abrazada á la niña*).

¡A ver quién te arranca de mis brazos!

(FIN DEL ACTO SEGUNDO)

ACTO TERCERO